

*Oculus Dei respexit, &c.*

Una noche pavorosa, que con sus espantosas tinieblas roba la gracia de sus adornos á la naturaleza, en la que en medio del sordo murmullo de la tempestad, anuncia el rayo con horrible estrépito su fatal y peligrosa carrera, aumentando la melancolía de este cuadro fúnebre, la brillantez pasajera del relámpago, y el triste silvido del desencadenado uracán. Una furiosa borrasca, en la que los vientos embravecidos, parece que de acuerdo con las ondas agitadas del océano, se empeñan en sumergir el pequeño bajel que las transita, presentándose bajo las mas dolorosas y terribles formas: la idea de una cercana muerte, queriendo inutilizar la experimentada pericia del piloto, y la intrepidez del valeroso marinero; estas son las lúgubres imágenes de la general consternación que reina en el infausto siglo trece. Ansioso de víctimas el genio sangriento de la guerra, hace resonar por todas partes el ronco sonido del clarín, alarmando para el combate, aun las ciudades que con decidido esmero protegían los útiles progresos de la industria y de las artes, bajo el dulce patrocinio de la paz; y las hinchadas olas de la osada impiedad y del grosero fanatismo, combaten á porfía la privilegiada navecilla de Pedro.

El Emperador Otón ya conduce sus numerosas falanges, para convertir la metrópoli del cristianismo en espantoso teatro de la opresión y carnicería (1). A la desconsolada España se le escapan suspiros tristes, oprimida

(1) *Choysi, historia general de la Iglesia, tom. 9 lib. 22.*

con el dominio déspota del alfange sarraceno. Mira con ojos anegados en llanto la Inglaterra las sacrílegas intenciones de su rey Juan, perseguidor implacable de la Iglesia, el que ha condenado á sus mas zelosos Obispos, á respirar bajo un cielo extranjero, y sepultar sus canas venerables en las penosas soledades del destierro. (1) En la antigua Lutecia vacila el trono augusto de la fé, á los insolentes esfuerzos de Amauri. (2) Los Waldenses envilecen la autoridad suprema del Pastor universal; y escuchan con la mas satírica sonrisa las decisiones infalibles del Vaticano: y los Alvigenses aumentan cada dia el crecido número de sus rebeldes sectarios, ensalzando como lícitas las relajaciones mas obscenas. (3) ¡Ah! la inmaculada Princesa, digna esposa del divino y mas gracioso mancebo, riega con abundantes lagrimas el pálido color de sus mejillas; y á manera de la angustiada hija de Sion, (4) mira, llena de pesar, abandonados sus templos, solitarios los caminos; porque no hay quien concurra á dar el debido esplendor á sus solemnidades religiosas. Una dolorosa languidez la consume; porque son muchas las veces que en su casto seno ha introducido el puñal la mano temeraria de unos hijos ingratos, á quienes dispensaba cariñosa sus cuidados maternos. ¡Ay! ¡ya espira; y solo el desprecio la acompañará en su próximo exterminio! Ya parece pisa el borde del sepulcro; y hasta su nombre augusto se perderá tal vez en las obscuras sombras del olvido.

(1) *Ducreux, historia eclesiástica, tom. 7 cap. 8.*

(2) *Ibidem, cap. 10.*

(3) *Ibidem.*

(4) *Lament. de Jeremias, cap. 1. v. 4.*



Pero no, no temais, Señores, que el Omnipotente ha dirigido desde los cielos una mirada benigna á su afligida Iglesia, y lo han enternecido las vehementes angustias que la destrozan. Nació ya un tierno y hermoso niño, que sus amorosas y sábias disposiciones han designado para que reforme el mundo con una vida pura, y con la mas rara y peregrina sencillez. No os apresureis á buscar á FRANCISCO bajo los pulidos y vistosos artesonados en que descansa la opulencia ingeniosa en complacerse, ni en los soberbios y magníficos palacios con que el potentado aumenta el falso prestigio de su poder, y la impertinencia de su orgullo. Es verdad que la fortuna acaricia blandamente á *Pedro Bernardon*, y *Picz*, sus venturosos padres, y abre su riquísima arca para obsequiar con cuantiosos tesoros sus infatigables desvelos; pero la divina clemencia se empeña en anunciar sus maravillosos y ulteriores fines; y un pobre pesebre es el lugar en que ha visto la luz primera este gracioso y pequeño infante. (1) Pero ¿cuáles, sino éstos, debían de ser los humildes principios de este Varon Apostólico, que á semejanza de un Dios en carne mortal, venia á declarar á los vicios la mas cruda batalla, con los ilustres ejemplos de una vida irrepreensible, y con el mas virtuoso abatimiento? Un candor angélico, hace mas encantadoras las tímidas gracias de su niñez; y los afectos de su corazon tan piadosos como sublimes, parece que se anticipan al plácido crepúsculo de su feliz entendimiento. Catorce veces han marchitado los hielos del invierno el tapiz verde y florido de los prados, desde el dia en que

(1) *Este y los demás pasages de la vida del Santo, se han tomado de Albano Butler, tom. 10. dia 4 de Octubre.*

embargaron el corazon de la afortunada *Pica* los gozos de la fecundidad, y ya se presenta FRANCISCO empleando las mas laboriosas tareas en el turbulento peligro del comercio. Vedlo con qué prudencia hermana la jovialidad con la modestia; la franqueza con la parsimonia; el desinterés con las riquezas; y el recogimiento de su espíritu con el bullicio de la tienda; sin que lo puedan rendir las lisonjeras seducciones de la codicia, ni practique, para acrecentar sus caudales, las injustas y crueles vejaciones de la usura.

La Iglesia Santa, en medio del despecho y terquedad con que la persiguen, suaviza sus penas contemplando á FRANCISCO como un héroe valeroso, que dilatará su pacífico dominio, y ha de afirmar en sus sienes la vacillante diadema: á manera del labrador industrioso, que fatigado con los calores del medio dia, olvida por un momento el cansancio de sus faenas, volviendo su sudoso semblante para mirar embelesado la pequeña planta que cultiva con esmero, alimentando la dulce esperanza de que en algun tiempo descansará bajo la frescura de su sombra, y ha de saciar su ardiente sed con el sabroso jugo de sus frutos.

Pero, desapareció la risueña primavera: ya no embalsama la atmósfera el aliento oloroso de las flores, ni se siente el blando halago de una brisa acariciadora; y solo se manifiesta el ardiente estío, lanzando á la tierra el planeta de la mañana sus rayos abrasadores: quiero decir con esto, que el hijo dichoso de *Bernardon*, ha pasado los dias serenos y deliciosos de la niñez, y se encuentra ya en aquel periodo crítico de nuestra existencia, en que tantos



mortales han sido desgraciadas víctimas de la fogosidad de sus impresiones. ¡Juventud, edad festiva y lozana, que con tu enganoso telescopio alucinas los ojos de la razón engrandeciendo los objetos mas viles: en tu frente brillan los poderosos encantos de la seducción, mueve tus labios la hechicera sonrisa de la voluptuosidad, y tus ojos sentellean con el violento fuego de unas pasiones impetuosas; á tu lado acostumbran marchar los culpables enagenamientos del placer impuro, y los imprudentes arrebatos del delirio! Pero ¿qué impotentes son las mágicas ilusiones de tus favoritas y siniestras compañeras, para adormecer la zelosa vigilancia de FRANCISCO; y qué inútil tu astucia alhagüena para doblar su virtud bajo el enorme peso de unas cadenas que hacen sollozar nuestra miserable é incauta debilidad!

Pero, ¿quién es ese joven arrogante que transita las calles de Asis, engalanado con las últimas y caprichosas invenciones de la moda, rebosando la alegría insensata de la disipacion, ávido en extremo de ganancias y diversiones temporales? ¡Ay Señores, es FRANCISCO, que ya se detiene embelesado, contemplando las perniciosas y delincuentes vanidades del siglo; mejor diré, ya muestra su cobarde cerviz como uno de sus infelices y voluntarios cautivos!

Las furiosas huestes del impío Federico Barbaroja se disponen para derramar en las fértiles campiñas de Asis la sangre de sus habitantes. FRANCISCO, ansioso de gloria mundana, agitado su pecho con los fuertes impulsos del valor de un entusiasmo patrio, empuña con intrepidez las armas; y ya parte gozoso á los campos de batalla, pa-

ra cortar con su terrible espada, en medio de los lamentos penetrantes del moribundo, los verdes laureles con que tegerá la victoria las coronas. ¡De qué modo tan diverso están escritos los sucesos de FRANCISCO en el libro eterno de los destinos de los mortales! Los perúguianos, envanecidos con los obsequios de la fortuna, lo conducen prisionero, insultando su desgracia con la risa páfida del triunfo. ¡Joven guerrero! las aflicciones mas amargas van á desterrar los frívolos y culpables entretenimientos á que te entregabas con tanta complacencia; pero ellas serán el ingenioso y saludable cauterio, que impedirá los rápidos progresos de una contagiosa gangrena; y las angustias te perfeccionarán; como el hierro en las manos del artífice se transforma en las obras mas útiles y preciosas con los constantes golpes del martillo.

Así es, Señores. Libre de las penosas cadenas de una larga servidumbre, la enfermedad lo ha postrado en su doloroso lecho, eligiendo para angustiarlo sus mas agudos tormentos. ¡Qué profunda melancolía abate su macilento rostro, recordando las horas infaustas en que hizo gemir á la virtud, consagrando sus necios homenajes á la falsa y caduca grandeza del siglo! Ya siente que la gracia divina obra en su corazon con sus suaves y eficaces inspiraciones, y, como otro Saul, solamente espera conocer las benignas disposiciones del Altísimo, para ejecutarlas con la mas alegre presteza.

El astro del dia ha ocultado su magestuoso y resplandeciente disco: la noche cubre el universo con fúnebres crespones, y patrocina con su silencio la deliciosa quietud de los mortales: un sueño tranquilo ha sellado los párp-



dos de FRANCISCO, y reanima sus fuerzas con su bálsamo precioso. ¡Qué misteriosa vision arrebatada dulcemente sus sentidos! Le parece encontrarse en un suntuoso palacio lleno de fuertes y lucidas armaduras, marcadas con el signo adorable de nuestra salud; y que embelesa su oído una voz melodiosa que le anuncia ser éstas las armas de los esforzados atletas que militarán bajo sus victoriosos pendones. ¡Con qué maneras tan claras como maravillosas se le ha intimado el importante empeño de conquistador del mundo, con la cruz de las mortificaciones y del constante desprecio de sí mismo.

Desde aquí, ¡qué sublimes y celestiales resplandores van á difundir las acendradas virtudes de este héroe valeroso, y con qué agigantados pasos lo vereis caminar por la estrecha senda de la perfección cristiana! Ya le fastidia el importuno bullicio de la ciudad, y busca con una ánsia inocente, los páramos más solitarios, para desahogar los fervorosos impulsos de su alma, encendida con la lumbré santa de la caridad. Ella le ha inspirado la piadosa resolución de trocar sus ricas galas con los asquerosos y miserables andrajos de un desconsolado mendigo. La afortunada hermita de S. Damian, ha visto la respetosa humillación con que se postra al pie de las santas aras, y resuenan en su pequeño recinto las palabras llenas de dulzura, con que una imagen del Salvador le declara los altos fines para que lo ha destinado el Omnipotente. FRANCISCO, le ha dicho por tres veces; *anda, repara mi casa, que está próxima á desplomarse*. ¡Venturoso FRANCISCO: la Suprema Magestad se ha dignado levantar á tu vista el velo misterioso que cubre sus impenetrables decretos! Adór-

nente las virtudes con su mas hermoso y brillante lujo; porque estás señalado, como Moysés, para libertar de un ominoso cautiverio á las generaciones privilegiadas: como Josué, para conducir las por el desierto de las lágrimas á la mansión de eternas felicidades: y como un esforzado Macabeo, para restablecer el templo del Señor, profanado por el infernal Antioco.

Ya se presenta en las plazas de Asis con un vestido tan pobre como despreciable, pálido su semblante por su rigurosa abstinencia y austeras mortificaciones; sin que el insulto ni el atrevido sarcasmo puedan alterar su invicto sufrimiento. ¡Ah! una prueba mas dura le espera, un golpe mas severo le amenaza: él tendrá que despreciar las tiernas caricias de un Padre, ó sufrir los impetuosos arrebatos de su enojo. Ya se presentan, para romper la estrecha amistad que ha formado con la humildad y pobreza, cuanto tiene de dulce y amoroso el cariño paternal, y de terrible la cruel opresión y las injustas amenazas del mas enfurecido tirano. ¡Caprichoso Bernardon, no te alucines! Conoce que para apartar á tu hijo de la obscura, pero preciosa vida que ha elegido, es débil la persuación de tus especiosos discursos, inutil la fineza de tus halagos, y vana la ferocidad de tus rigores. Solo un bajo arbitrio resta á tus inflexibles empeños: intímale la renuncia del cuantioso patrimonio que le pertenece; quizá entonces lo verás obediente á tus preceptos, blando á tus lisonjas; y tu corazón obstinado palpitará con las criminales delicias de tu triunfo.

¡Qué maravillosas son las victorias celestiales de la gracia! ¡Qué pensamientos tan puros, tan nobles y peregrinos sugiere á las almas felices, que gozan la benéfica in-



fluencia de sus maravillosos resplandores! Con cuanto gozo se dispone FRANCISCO para despojarse de los bienes mezquinos de la tierra, preparándose para tomar posesion de unos mas estimables y duraderos! Qué santa impaciencia combate su virtuoso pecho, porque llegue el momento apetecido, en que hollando con planta valerosa las riquezas perecederas, abra sus brazos para estrechar á la pobreza como su dulce y querida compañera! Así el pastor sencillo de Haran suspiraba porque resplandeciera el afortunado dia en que serian premiadas sus fatigas agrestes con la joven y hermosa nieta de Batuel. Con modesto despejo y con una inflexible entereza, se ha despojado de sus vestidos FRANCISCO, y los entrega á un Padre enloquecido con sus ambiciosos proyectos. „Hasta ahora, le dice, „os he llamado padre en la tierra; pero desde hoy diré: Padre nuestro que estás en los cielos; en quien pongo mi esperanza, y es todo mi tesoro:” se ha conmovido el Obispo de Asis en vista de este nuevo y sorprendente espectáculo; y una piadosa ternura hace saltar de sus ojos las lágrimas, humedeciendo la seda y el oro que matizan las vestiduras pontificales.

Yo me figuro á FRANCISCO como una diligente aveci-lla, que rompiendo las astutas redes del cazador, hiende placentera el aire, y posando en una distante encina, con alegres y repetidos gorgoros aplaude su libertad: así FRANCISCO, despreciando los inconstantes obsequios de la fortuna, destruyendo los fuertes diques con que se afanaba la naturaleza en impedir sus humildes y grandiosas empresas, su espíritu se dilata con los mas inocentes y deliciosos encantos; siente todo el lleno de un gozo inexplicable; se com-

place en su gloriosa independencia; enseñando á los hombres, que para ser dignos y fieles discípulos del Redentor crucificado, es indispensable un voluntario y heroico desprendimiento de todo aquello que puede halagarnos en la tierra.

Me detendria, Señores, con la mas deliciosa satisfaccion, en presentar á FRANCISCO visitando á la humanidad doliente en los hospitales de Gubio, prodigándola compasivo todo género de consuelos, y regando la tierra con el sudor de su frente al conducir sobre sus espaldas los pesados materiales para la pronta reedificacion de las Iglesias de S. Damian y S. Pedro: pero quiero anticiparos el gozo edificante que experimentaréis, al visitar la venturosa Santa Maria de los Angeles, la siempre memorable Porciúncula. Acercaos, y sentireis un pavor religioso al escuchar los tristes sollozos, los penetrantes gemidos, y los fervorosos acentos de un solitario austero, que baña con copioso llanto el pavimento del Santuario, y tiende sus descarnadas manos para implorar la clemencia divina, traspasado con el amargo recuerdo de los extravíos de su imprudente y bulliciosa juventud. El tiempo en que el sol forma su círculo anual, ha consagrado FRANCISCO en este grato y silencioso retiro á la oracion, mortificaciones y suspiros. Ved la suma flaqueza de sus miembros, la penitente languidez de su rostro, causadas por las vigiliass, el azote y la crudeza de las estaciones. ¡Ah! me parece descubrir al Angel tutelar de FRANCISCO, que se remonta hasta el trono excelso de la Trinidad Augusta, para presentarle las fervientes súplicas de su humilde y querido siervo, trayendo, para reaminar sus debilitadas fuerzas, los mas puros y celestia-



les consuelos. La lascivia, para presentársele, reúne lo mas poderoso de sus atractivos, elige los trages mas vistosos; y para traspasarlo, escoge la mas aguda flecha de su aljaba: inútiles son sus groseros ardides, ella se lanza despavorida al ruido de las cadenas con que FRANCISCO rasga sus carnes inocentes; y el dardo que disparó, se ha embotado en la dureza del cilicio.

¡Porciúncula! ¡afortunada Porciúncula! tus ruinosos y abandonados ángulos ya se iluminan con las brillantes luces de la gloria: tu suelo se santifica con la adorable presencia de Jesus y de Maria, que bajan á recrear al nuevo Apostol de la Europa; y las sonoras músicas de los espíritus angélicos transmiten sus suaves acentos en las dilatadas llanuras que te circundan. Tú has sido fiel y dichosa testigo de las crueldades con que castigó su cuerpo inmaculado FRANCISCO, reduciéndole como Pablo á una estrecha servidumbre, para que al predicar á otros, él mismo no se haga reo de una reprobacion eterna. (1) Tú lo viste quitarse el calzado, arrojar el báculo y desatar la tosca faja de su cintura, anhelando por conformar sus acciones con las saludables máximas del Evangelio. (2) De aquí sale FRANCISCO armado con la égide de la humildad, y la espada de la divina palabra, para exhortar á los pecadores á penitencia. ¡Qué numeroso es el concurso que se coloca en torno de él, y escucha con respetosa sorpresa las órdenes del Altísimo por boca de su zeloso Embajador! Sus discursos están desnudos de los primores de la elocuencia humana; pero llenos de la unción mas

(1) *A los Corint. 1. cap. 9. v. 10.*

(2) *S. Mateo, cap. 9. v. 10.*

fervorosa: sus palabras son sencillas; pero enérgicas, sólidas y eficaces: sus operaciones, su rostro, su hábito, todo respira una extraordinaria pobreza, y la mas encantadora simplicidad.

Al aparecer este dichoso predestinado, el mundo envilecido con las maldades de sus relajados habitantes presenta una nueva y repentina forma. Yo veo al inicuo, que desnudó al menesteroso con sus excesivos lucros, vestirlo á costa de su desnudez: al furioso asesino, que antes complacia su rabiosa venganza derramando la sangre de sus semejantes, armar su mano con una áspera disciplina para derramar la suya propia: al que fomentaba con las dignidades su carácter altanero, solicitar con un santo empeño las humillaciones mas penosas: al que cifraba sus placeres en las lucidas y disolutas concurrencias, retirarse á las incultas soledades, para desahogar con amargas lágrimas los sentimientos de su pecho arrepentido: al que.... son muchos y maravillosos los frutos que recoge con sus predicciones FRANCISCO: basta decir, que la perfeccion Evangélica ha vuelto de su injusto destierro, alegra las calles y plazas con su modesto y afable porte, y sus manos puras toman la rienda de los imperios.

Emulados con las virtudes heroicas de FRANCISCO, *Bernardo de Quintabal, Pedro de Catana, y Gil de Asis*, han abrazado la vida apostólica, y ya acompañan á este sublime Maestro en sus fatigosas peregrinaciones. Ya regresa FRANCISCO con sus virtuosos discípulos al centro de sus amores, á su querida soledad de Porciúncula. Siempre se gloriará la privilegiada Santa Maria de los Angeles, de ser el lugar bendito en que se echaron los prime-



ros cimientos del inexpugnable baluarte que inutilizara los atrevidos y furiosos ataques de la heregía, y donde brotó la pequeña fuente de Mardoqueo, cuyos limpios y copiosos raudales han de fecundizar toda la tierra. ¡Qué felices presagios, qué esperanzas tan halagüeñas promete el crecido número de hijos, que en tan corto tiempo se han reunido para seguir las virtuosas huellas de este Varón Seráfico, y qué dulces y religiosas impresiones me sumergen en el mas delicioso enagenamiento, al ver á FRANCISCO que instruye á los nuevos obreros para arrancar la contagiosa zizaña de las heredades del Señor! „No temais, les dice, parecer pequeños y despreciables, ni ser llamados locos é insensatos por los hombres; sino anunciad la penitencia con sencillez, confiando en aquel que venció con la humildad la soberbia del mundo.” Así un denodado caudillo antes del toque de alarma ordena sus disciplinadas huestes, y con elocuentes y marciales arengas, excita la valentía de sus soldados.

¡Dios Santo! ¡Con qué importante misión, con qué empresas tan arduas vas á probar las singulares y heroicas virtudes de este hombre justo! No temas, FRANCISCO, ni te acobarde tu pequeñez. Acuérdate de los ilustres trofeos que coronaron la rusticidad y pobreza de los gloriosos pregoneros de la cruz. ¡Ah! ¡qué vastas son sus ideas; qué sublimes sus proyectos; y qué rápida su benéfica y apostólica carrera! Como el sol al levantarse sobre el horizonte difunde su iluminación con inconcebible celeridad á las mas distantes regiones, así es la maravillosa presteza de FRANCISCO arrebatado de su zelo en ilustrar con sus ejemplos los países mas remotos. Ya se deja ver en Asia, Africa

é Italia: sulca los mares para arribar á Siria; se detiene en Dalmacia; vuelve á Ancora; camina á la Tozcana; llega á Piamonte; transita los Alpes, y visita las aldeas y ciudades de Francia. No se lamentará la España de que ha olvidado sus provincias: él se presenta en la Vizcaya, en las Castillas, en Asturias, en Leon, en Galicia, en Burgos, en Portugal, en Aragón, en Cataluña, en.... ¡ay Señores! no se puede seguir ya á FRANCISCO en los muchos y admirables progresos de su humilde apostolado; y confieso que no soy capaz de ensalzar debidamente su ansia extraordinaria por la salud de las almas, su aplicacion incesante, su amor al bien comun, su religiosa entereza y su carácter emprendedor, modesto, compasivo y afable. Formen los justos elogios de este esclarecido Patriarca, y transmitan á la posteridad sus glorias inmarcesibles Cortona, Arezo, Bergoreta, Arni, Piza, Bolonia, Florencia, y algunas otras Ciudades que vieron edificarse en solo tres años mas de sesenta monasterios; y sea uno de los mas preciosos monumentos, de las continuas tareas y fervorosos esfuerzos de FRANCISCO el Capítulo de las Esteras, al que concurren mas de cinco mil religiosos recomendables por su ciencia, y acreedores á un respeto universal por sus virtudes.

La asombrosa prontitud con que se multiplican los hijos del inclito Padre de los Menores, no la han de poder sufrir aquellos genios discolos, que declaran como inútiles y perniciosos los institutos monásticos. ¡Ojalá y el tiempo me lo permitiera, para avergonzar su insolente audacia, con hechos irrefragables! Les habia de demostrar: que cuando las naciones han tenido la generosidad de albergarlos en su seno, y acatar sus inmunidades, han hecho